LA HOJA DE PARRA

REVISTA FESTIVA

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración de los más ilustres escritores y dibujantes

NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas:
MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO

Apartado de Correos número 547
MADRID

En Valencia: VICENTE PASTOR, Victoria, 11.

CONSULTA

de médico ex interno del Hospital de San Juan de Dios. Enfermedades secretas, matriz y vías urinarias.

Curación radical de la sífilis, sin peligro, con el

606

De cuatro á seis de la tarde, 2,50 pesetas. Especiales, 5 pesetas.

Calle Santa Bárbara, 2

(esquina á Fuencarral, 72)



LIBRO INTERESANTE

HIGIENE DE LA MUJER

ARTE DE SER BELLA

POR LA CONDESA DE

VISALROVEVI

3 pesetas en las oficinas de LA MODA PRACTICA, Marqués de Cubas, 7.—**Madrid.**

CENTRO PERIODÍSTICO DE JOSE LERIN Abada, 22 -:- Kiosco frente á Apolo

Envíos de periódicos y libros á provincias

Pídanse precios de publicidad en LA HOJA DE PARRA á la Administración, Méndez Alvaro, número 2, Madrid.

Para poder abandonar el perjudicial

VICIO DE FUMAR

y conseguir la completa curación de las

afecciones de las vías respiratorias

tómense las

Pastillas del Dr. Laboschin

Medicamento recomendado por varias eminencias médicas.

Dos pesetas caja en todas las buenas farmacias de España.

VILLA QUE SE ARRIENDA

En el paraje más bello del Sardinero, enfrente, sobre y junto al mar libre, en la carretera, é inmediata al ferrocarrilito, á 200 metros del Gran Casino, se cede una villa amueblada, con ropa para todos los servicios, diez camas, seis dormitorios, comedor, vajilla, servicio nuevo de mesa, etc., etcétera, etc; y por la tercera parte de su precio á causa de tener que ausentarse los actuales arrendatarios. Darán razón en la Administración de EL LIBERAL.

AÑO I. **Madrid, 16 de Septiembre de 1911.** **NÚM. 20**



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.
JACINTO BENAVENTE
Confidencias.
JOSÉ RODAO
Retazo.
EDUARDO ZAMACOIS
La virtud.
RAMÓN ASENSIO MÁS
Menudencias.
J. JURADO DE LA PARRA
¿Pareja?
EL CONFESONARIO
Artículos de RESURRECCIÓN QUIJANO y CORCHAITO
S. y J. ALVAREZ QUINTERO
Discreteo macareno.
FRANCISCO VERA
En el arca de Noé.
GONZALO DE QUIRÓS
Interpretación de la Biblia.
JUAN PÉREZ ZÚÑIGA
La viuda desconsolada.
FERNANDO AMADO
El secreto de madre.
TOVAR, ROBLEDANO, ALMOGUERA, RAMIREZ, GARCIA y ALFONSO
Caricaturas y retratos de Consuelo Mayendía, Resurrección Quijano, Pepita Reyes, Rafael López de Haro, Fernando Weyler y Corchaito. Desnudos de nuestras artistas y otros dibujos.

5 cénts.

CARAS BONITAS



CONSUELO MAYENDÍA

Notable tiple, que en breve reaparecerá en un importante teatro de zarzuela de esta corte.



¿QUÈ DEBE UN HOMBRE HACER CUANDO LE DESAFÍE UNA MUJER?

«Con una pistola en la mano, yo me siento tan fuerte como cualquier periodista con pantalones.»

Colombine.

Tiene usted mucha razón, mi querida «Colombín'». Y si hubiera un malandrín que la llegara á ofender, olvidándose el follón de la consideración que se debe á la mujer, puede usted armarse con una pistola y hacer fuego sobre él, ¡pim, pam, pum!, y no parar hasta ver á su adversario caer «malerido», ¡cataplum!

✠

El ejemplo de Arria Ly, la heroína de Toulous', que—en vez de achicarse y padecer un patatús al verse injuriada—va y envía un bravo cartel de desafío al que la calumnió en cierto papel, me parece al pelo á mí: no por aquello de «ahí me las den todas», y sí porque se debe admirar sin tasa á toda muer que sea de armas tomar.

✠

Porque tendría que ver que—por un falso pudor—no pudiese defender una señora su honor contra el hombre sin valor—y hasta, quizá, sin valer—, que, abusando del vigor de su sexo (superior, hasta ahora, al de la mujer), la quisiera jorobar ó jibar á su placer.

¿Que es usted como cualquier «journalist'» con pantalón, en caso de armarse con una pistola y tener de su parte la razón? ¡Qué duda cabe, ma chèr'»!

✠

Y vamos á la cuestión de qué debe un hombre hacer si le reta una mujer.

Nada: pedirle perdón noblemente. A mi entender, es la única solución posible; pues, de admitir el reto, se puede dar el caso inverso: es decir, que el hombre pueda retar á la mujer; y eso no lo encuentro ya tan bien yo como el «gesto» de Arria Ly.

Porque me parece á mí que si, por casualidad, una chica de la «Press'» tiene la comodidad de sentirse descortés con un caballero no es causa, motivo ó razón bastante para r—después de la oportuna gestión previa—á armarle una cuestión personal. El pantalón en lucha con los corsés y las enaguas «plissées», sería una aberración.

Y si la hembra está en el mes nono de la gestación, ¡qué gran responsabilidad para el hombre!, ¿no es verdad?

✠

Lo mejor de todo, pues—en mi modesta opinión—es lo siguiente: el varón será galante y cortés con la hembra; y si ésta es de aquéllas de armas tomar, el hombre se debe armar de prudencia, porque al fin y á la postre, la mujer también gasta pantalón.

De sobra sé, en conclusión, que el caso de «Colombín'» no es la regla: es la excepción. Pero bueno es recordar que el diablo las carga, y ser cobarde con la mujer... ¡por lo que pueda tirar!

Carlos Miranda.

CONFIDENCIAS

PEPE: *34 años.*—MANUEL: *41 años.*

Es de noche; una noche de aire templado, de luna clarísima. Pasean del brazo por calles y calles, sin dirección fija. Hablan con lentitud, con dejadez del pensamiento; más que un diálogo son dos monólogos.

PEPE

¡Ha pasado la noche! ¡La terrible noche! ¡Otra noche vencida! Si no hubiera tenido la suerte de encontrarte... no hubiera podido resistir más... Esta noche vuelvo. En todo el día no siento tristezas, ni desasosiego, mi vida es la de siempre; pero llega la noche, la hora acostumbrada de verla, y es un no vivir, un no hallarme en ninguna parte, una lucha interior que me destroza... Sin darme cuenta, me dirijo hacia su casa, y unas veces me persuado á mí mismo de que no he tenido razón para hacer lo que he hecho, que debo olvidarlo todo, pedir perdón, no acordarme de nada, y otras veces, fuera de mí, comprendo que no puedo perdonar, que la conducta de esa mujer ha sido indigna, que aún no fué bastante lo que hice, que debí volver una vez más á su casa é insultarla y matarla... No; ya sé yo que no la mataría; pero es el motivo más decoroso que me da el corazón para volver á verla y le dejo decir...

MANUEL

El hombre es un animal de costumbre. Comprendo lo de aquel que no se decidía á casarse al cabo de siete años de relaciones con su novia y contestaba á los que insistían en casarle:—«Pero, vamos á ver, si me caso, ¿en dónde paso yo las noches?» Hasta que no halles en dónde pasarlas no estarás curado. Cuando me separé de mi mujer, había también horas en mi vida que me aconsejaban el perdón... Logré sobreponerme, empecé á negociar en Bolsa, se me dió con suerte el primer año, me entregué á los negocios y se olvidó todo... No hay sentimiento que valga, el amor es una ocupación como otra cualquiera... Mira, el año pasado, por consejos de mi familia, por consideraciones particulares, por la situación delicada de mi chiquilla, sobre todo, accedí á que mi mujer volviera á mi casa... La perdoné de corazón, te lo aseguro... Pero yo había ordenado mi vida de otra manera, mi mujer volvía á trastornarla de nuevo... y volvimos á separarnos por eso... porque yo, que había perdonado su falta, no pude perdonarla que me alterase las horas de entrar y de salir ni la sujeción de acompañarla á paseo ó al teatro. Todo lo que eché de menos al separarme, todo lo que me hubiera unido á ella, á pesar de todo, en otro tiempo, me separaba ahora, y cuando el perdón y el olvido eran más fáciles...

NUESTRAS COCOTAS



PEPITA REYES

PEPE

La otra noche volví al café, á mi antigua tertulia; me pareció insoportable. Hablaban de cosas que no me interesaban... y luego, las preguntas impertinentes, ¿de dónde sales? ¿En dónde te metes? ¿Qué ha sido de ti? Todavía si me hubieran recibido sin extrañeza, como si no hubiera dejado de ir por allá en mi vida... ¿Qué haces tú por las noches?

MANUEL

A casa de aquélla...

PEPE

¡Vamos! Esa es la costumbre que vino á interrumpir tu mujer...

MANUEL

No. Yo lo tengo todo muy ordenado.

Voy una noche sí y otra no... Que es lo que debiste establecer... Ahora te sería más fácil la sustitución...

PEPE

¡Es verdad! Pero la noche no. ¿Qué haces?

MANUEL

Esto, ya lo ves... Si está mala noche, me meto en un teatrillo ó en algún café, leo los periódicos; si está buena como hoy, flaneo, solo ó con el primer amigo que encuentro... Debe uno quedarse siempre con media vida para sí... Media vida que no dependa de los demás, de que no puedan pedirle á uno cuentas... en que no eche uno de menos á nadie... Es el gran sistema... Si quieres, desde pasado mañana empezamos... Te espero en casa, á las ocho en punto... Pero no me faltes... Una noche sí y otra no...

PEPE

¡Una noche! ¿Y la otra?

MANUEL

¡Bah! Deja tonterías de amor propio... Haz las paces con esa condición, á turno impar...

PEPE

No, gracias... ¡Dos costumbres en vez de una! No quiero echarte de menos el día de mañana... Tú lo has dicho: el hombre es un animal de costumbre.

Jacinto Benavente.

RETAZO

Mientras las hijas de la culta España
únicamente piensan
en envolver sus cuerpos retrecheros
en ricos trajes de preciosas telas;
mientras cubren sus formas incitantes,
que á los hombres marean,
con pieles que las roban atractivos
y que las roban gracia y gentileza,
en Francia las mujeres se han propuesto
declarar cruda guerra
al corsé, que es un chisme fastidioso,
y al polisón, que á embarazarlas llega.
Las inglesas, del uso de las ligas
hace tiempo protestan,
y las chinas rechazan el calzado
que los pies desde niñas las sujeta.
Preciosas hijas de la noble España,
seguid, seguid la senda
que os marcan las mujeres de la China,
las mujeres de Francia y las inglesas,
y como todos procurar debemos
que sea la primera
nuestra nación en todo y para todo,
para llevar también la preferencia,
debéis vestir, preciosas españolas,
como vestía Eva,
¡y á ver si á desechar prendas inútiles
os ganan las mujeres extranjeras!
Si seguís mi consejo,
que Dios os dé salud y... yo lo vea...

José Rodao.



—Pues la Fany se marchó de aquí porque tiene un tonto que la da el dinero que quiere...

LA VIRTUD

MATILDE: treinta y seis años.
AGUSTINA: veintinueve.
. . . . . .

—Empujé la puerta suavemente— prosiguió Matilde— y entré. Era una habitación espaciosa, con el suelo de ladrillo, las paredes renegridas por el polvo y un techo tan abohardillado, tan pendiente, que producía una sensación inconsciente de ahogo. En el fondo, bajo un ventanuco por el cual penetraban torrentes de luz fría y cruda, estaba Ricardo, echado sobre un inseguro y angosto catrecillo de hierro. ¡Ah! Casi no le reconocí; tan delgado y paliducho me pareció. Poseída de inexplicable emoción, acerquéme á él y le cogí una mano; una mano larga y yerta de agonizante. Entonces abrió los ojos, envolviéndome en la mirada impasible de sus pupilas vidriosas.

—Por fin, ha venido usted— murmuró—; es usted muy buena...

—Esta mañana recibí su carta—repuse, batallando por vencer mi emoción—, y no he vacilado en acceder al deseo que en ella manifestaba usted de verme.

Ricardo ensayó una sonrisa, y musitó con acento apenas perceptible:

—Sí, sí... ciertamente... es usted muy buena...— Y lo repitió varias veces, como si aquella afirmación envolviese un absurdo de cuya certidumbre hubiera querido convencerse... Después, con voz entrecortada por la fatiga de los últimos momentos, volvió á recordarme su pasión: aquel amor criminal al que yo, á fuer de mujer casada y honesta, nunca había accedido... Y fué la suya una declaración tristísima, solemne, como la despedida del que se marcha para no volver.

—Usted ha sido—dijo—la pasión suprema de mi existencia; el norte de mis afanes; la inspiradora inaccesible de mis ensueños. ¡Ay, Matilde!... ¿Por qué me despreció usted? ¿Por qué me atormentó usted con tan refinada crueldad?... ¿Fuí acaso responsable de que su belleza se me entrometiese por los ojos adentro, enseñoreándose de mis deseos y robándome el discurso?... ¡Ah! Entonces yo la hablaba á usted de mi cariño y usted me hablaba de su virtud... Una virtud criminal, que ha ido asesinándome lentamente, calcinándome las entrañas con el fuego íntimo de las pasiones no saciadas...

Yo le interrumpí bruscamente, deseando cambiar de conversación.

—Pero, veamos—dije—, ¿para qué me ha llamado usted?

—Para cantarla— repuso— por postrera vez la inútil canción de mis amores. ¡Oh!... ¡Yo la hubiese querido á usted tanto!...

Continuó hablando verbosamente, con el afán de los moribundos que tienen prisa en decirlo todo, convencidos de que después no tendrán tiempo de rectificar. Yo le escuchaba distraída, con el espíritu extraviado en un nimbo de meditaciones incoloras, pensando en el contraste que formaban mi vistoso sombrero y mis ricos vestidos de gran señora, con aquel desván desamueblado y frío. Ricardo se había incorporado un poco, y estrechaba nerviosamente entre sus manos temblonas una de las mías enguantadas... Y declaro, sin rebozo ni empacho, que en aquel instante llegó á imponérseme con su belleza marchita de hombre ardiente que ha gozado mucho; su nariz hebraica, su rostro pálido y sus ojos grandes, melancólicos, profundos, embellecidos por los estragos de la fiebre.

—Dígame usted que me quiere—insistía Ricardo—; dígamelo usted, que yo lo oiga...

Yo no sabía qué responder, y pensaba en mi marido, pareciéndome que la somera atención que estaba prestando á aquellas confesiones implicaba un pecado gravísimo. El continuó balbuceando, con los ojos puestos en el techo, aquel techo abohardillado que parecía desplomarse sobre nosotros:

—¡Ay, Matilde, adorada de mi alma, acicate perpetuo de mis anhelos!... ¿Sabes lo

EL PÚBLICO DE LOS CINES



FERNANDO WEYLER

Militar, Abogado y Director general de los Registros, que «se encarga de Amelia» por menos de «na»...

que es morir llevando en la carne la fiebre de un deseo no satisfecho? ¿Crees que tienen guarismo las torturas que padecí en noches interminables de insomnio, en que mordía las sábanas y crispaba los brazos queriendo estrechar entre ellos la quimera de tu cuerpo?...

Aquel arrebato fué breve: después quedó inmóvil, con los ojos fijos en el espacio. Luego lanzó un suspiro, y dijo mirándome con la expresión sorprendida del que despierta de un largo síncope:

—Bien, Matilde... yo la he molestado á usted porque como estoy así, tan enfermo... no quería morir sin darla un sincero apretón de manos. El médico estuvo aquí esta mañana, y abusando de esa franqueza brutal que suelen tener con los enfermos á quienes visitan de balde, me aseguró que sólo me restaban cinco ó seis horas de vida... Por lo tanto, si hace un momento la ofendí á usted diciendo algún disparate, que no recuerdo, perdóneme usted...

Lo reposado de su acento y la resignada mesura de sus palabras me emocionaron intensamente.

—¡Ricardo! —exclamé—, ¿es cierto que está usted muy enfermo?

—Sí, mucho... me lo certifica algo que va desgarrándose poco á poco dentro de mi cuerpo...

Y añadió:

—Matilde... ¿es cierto?... ¿Me quiere usted?...

Sentí un desfallecimiento repentino, las piernas me flaquearon y me incliné sobre el lecho, mientras Ricardo me estrechaba la cabeza entre sus manos, murmurando:

—Mía, mía... ¡mía una vez!...

Aquellas sencillas palabras suplicantes me rindieron, y lentamente, sin abrir los ojos ni atreverme á pronunciar palabra, fui abandonándome...

—¡Cómo! —exclamó Agustina, haciendo un expresivo gesto de horror—; y fué... ¡con un moribundo!

—Sí, hija mía... y sólo entonces pude convencerme de cuán endeble cosa es la virtud. Tú sabes que durante muchos años resistí bravamente á la pasión de Ricardo, abroquelándome con mis deberes de esposa; y hasta llegué á enorgullecerme de mí misma, considerándome como un dechado de castidad y de fortaleza. ¡Tontería!... Estoy persuadida de que la virtud es un producto híbrido resultante de la propia estimación y del temor de que alguien pueda motejarnos de viciosas ó de livianas. Cleopatra, envenenando á los esclavos con quienes dormía, es el símbolo trágico más exacto de ese miedo que todas las mujeres tenemos á que se divulgue nuestra caída. Yo no tenía esta aprensión, pues me constaba que Ricardo era noble y caballero á carta cabal; pero sí me mortificaba que hubiese un hombre que pudiera vanagloriarse justamente de haberme vencido. De suerte, Agustina querida, que la virtud es... temor al escándalo, amor propio, orgullo... todo menos verdadera propensión al bien...



—¡Camarera! Un vaso de agua.
—¿De Lozoya?
—Prefiero que me la pongas gorda.

Por eso cedí... Ricardo moribundo no podría humillarme recordándome jamás mi vencimiento, ni referírselo á nadie... ¡los muertos no hablan!... ¿Comprendes? ¿Por qué regatearle á un agonizante un favor que nadie ha de reprocharme?... Fué un instante, un instante en que el infeliz, antes de beber la perpetuidad de la muerte, apuró de un sorbo toda la eternidad deleitosa de la vida... La suprema dicha que entonces causé resta gravedad á mi falta. Reconócelo, hermana mía... La virtud y el honor son entidades morales que tienen poquísimo valimiento, cuando un testigo tan solemne como la Muerte promete velar nuestros deslices con su misterio indescifrable.

Eduardo Zamacois.

MENUDENCIAS

Ayer pasé por casa de Teodora,
y ví el siguiente anuncio: *Zurcidora.*
Y debajo de aquél este letrero:
Se azmite un cabayero.

Ramón Asensio Más

¿PAREJA?

CONJUNCIÓN ROTA

Disculpas los agravios que me infieres,
y tus protestas son nuevos agravios.
Menos torpes que tú, nunca tus labios
saben decir lo que decirme quieres.

¿Que por amor faltaste á tus deberes?...
Yo digo que te quedan los resabios;
que, en eso de faltar, sois unos sabios,
de saber muy ladino, las mujeres.

¿Y aún hablas de tu amor, cuando pregunto
por la vileza en que te hallé, y altiva
pretendes ser de la virtud trasunto?...

¿Qué amor pudo sentir una lasciva
que subastó su honor y... ¡Hagamos punto
en esta conjunción *copulativa!*

¡VUELVE!

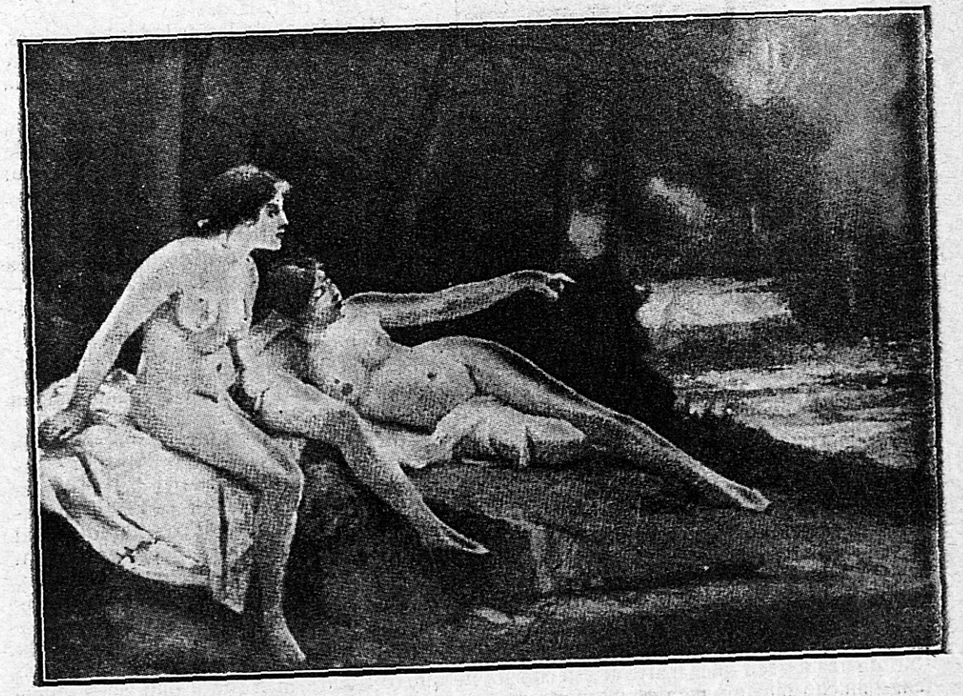
Vuelve, ¡vuelve, Mimí! Todo te espera
de nuestro amor en el risueño nido:
el pájaro, delicia de tu oído;
la paloma, que fué tu compañera.

El blando confidente, que lo era
de la pasión más tierna que he sentido,
y el pérsico almohadón, suave y mullido,
que perfumó tu linda cabellera.

¡También te espero yo! Yo, que perdono
resignado tu falta licenciosa...
¡Si no puedes querer, serás querida!

¡Ven! Todo llora aquí por tu abandono.
¡Vuelve, te necesito, niña hermosa;
sin ti no puedo soportar la vida!

J. Jurado de la Parra.



Á LA ORILLA DEL RÍO



El confesonarjo

RESURRECCIÓN QUIJANO

SÓLO al cariño que el público me inspira se debe el que yo, contra mi costumbre y manera de pensar, me decida á contar mis secretillos.

También hay que convenir en que la terquedad de un periodista es cosa irresistible; por eso yo, deseosa de que me dejase en paz uno de esos chicos que escriben LA HOJA DE PARRA, acabé por entregarle mi retrato y prometerle unas cuartillas. Eso sí, sólo una confesión he de hacer. La única que á los lectores de esta Revista interesa, por tratarse de amor y de arte.



RESURRECCIÓN QUIJANO

Yo me he dedicado á las *varietés* por el cariño de un hombre.

¿Que cómo?

Muy sencillo. Desde muy niña, muy niña, sólo tengo veintidós años, mi vocación me llevó á las tablas, y no sé si por mis méritos ó mi buena suerte, llegué á ocupar uno de los primeros puestos del cartel de Eslava.

Mi vida, como las de todas las artistas, era bulliciosa y alegre, porque nada hay tan odioso como las caras agrias y la gente hipócrita.

Entre los muchos galanteadores que á mí se acercaron estaba un muchacho de la buena sociedad madrileña. Me hizo el amor, yo me resistí á sus promesas, quise disuadirle de sus propósitos, y lo que empezó por un flirteo, acabó en serio. Nuestras relaciones se formalizaron, y entonces vino la oposición de la familia de mi novio, á quien su carrera diplomática obligó á ausentarse de España.

Enamorada del muchacho, y no queriendo separarme de él, abandoné ventajosas contratas y me fuí á cuantos sitios le destinaron.

Viajamos toda Europa, y desde París á Copenhague no hay país que yo no conozca. En cuantos escenarios extranjeros he actuado me han aplaudido y agasajado extraordinariamente; pero en todas partes he sentido la nostalgia de este Madrid, tan bueno é infantil. Por eso estoy otra vez en la capital de España, aguardando á que ciertas oposiciones de familia terminen y pueda querer libremente al joven y apuesto diplomático que allá en América espera con ansia el momento de unir su suerte á la mía. ¿Que estas confesiones son un poco tristes? ¿Qué hemos de hacerle? Yo, aunque alegre en apariencia, tengo un fondo muy grande de tristeza, y cuando labios apasionados acarician mis oídos con halagos me acuerdo de las palabras de cariño de mi pobre agregado de Embajada, y cuando bebo *champagne* retiro con pena mi copa, porque en ella no se han posado antes los labios del hombre que yo quiero. Estas son mis confesiones, y ya sólo me resta decir que, aparte de este afecto, no quiero á nadie más que al público, á quien tengo mucho miedo y me desvivo por agradar

Resurrección Quijano.

CORCHAITO

¡TAMBIÉN yo! Sí, señores, también yo tengo que pasar por la rejilla y decir mis amores en el confesonario de la divertidísima HOJA DE PARRA.

Y ¿cómo negarme? Todos lo han hecho—repite este endemoniado redactor—, todos lo han hecho y «osté no debe volver la cara»... Además de que muchos suspicaces atribuirían mi negativa á heriditas en el amor propio, por no haber sido el primero en echar lo suyo... Pero nada más lejos. Me consta que en el confesonario todos somos hijos de Dios y á todos se nos trata como tales, por y midiéndonos con el mismo rasero.

Lo peor del cuento es que he sido muy poco conquistador. Mi estadística amorosa se resume en un número «primo» de escasas unidades. Huérfano desde muy joven, con una caterva de hermanitos, hube de proporcionar una madrecita á mi gente menuda, y, ¡alla vá!, me casé antes de salirme el bigote.

Cuatro veces crucé la charca. Méjico es lugar fecundo en aventuras, como puede juzgarse por confesiones de otros colegas. Efectivamente hay, ó, mejor dicho, ha habido, allá gran ilusión por los toreros, y, sin distinción de categorías, todos hemos sido solicitados: muchos perseguidos y algunos raptados. Y en las intentonas de nuestra parte, llevábamos siempre «las de ganar».

Sin ambargo, nunca me lancé al campo de las infidelidades. Claro está que ante un ofrecimiento espontáneo no era cosa de retroceder, y, por puro compromiso, aproveché lo que salió. De las «generosas» ni una se me fué vivita al corral. A lo sumo recibí dos avisos y nunca por tardar á pinchar.

Las españolas me han conocido. Una tan sólo me puso en grave aprieto. Fué ello en un pueblecito de la Rioja, de cuyo nombre guardo eterno recuerdo. Se llamaba... pero no, no lo digo, por si vuelvo. El alcalde, en persona, me buscó en el café de los Leones, por entonces el mejor de Logroño, y me habló tan bién de sus administrados y me propuso condiciones tan halagüeñas, que firmé el contrato como novillero. Aquel buen señor, ¡ah!, me alojó en su propia casa y en su propia cama, separada por un delgado tabique de la de su hija, hermosa solterona, entrada en años y salida en carnes. Durante la cena, la bella señora no separó sus ojos de mí un solo minuto. Me hizo enseñarle la coleta, discutió que era postiza y acabó por cogérmela y tirar de ella hasta hacerme gritar. Creí haberla convencido. Pero, sí, sí; apenas transcurridas tres horas de sueño, me desveló el contacto de unas manos suaves que me palpaban á lo largo de la ropa... Resistí el ataque con todas mis fuerzas y grité... Y á las bruscas interrogaciones del padre, que acudió á mis voces, contestó la... interpelada que todavía no estaba segura de LA autenticidad de mi coleta y que se había venido á mi cuarto por comprobarla (seguramente sobraba el *com)*.



FERMÍN MUÑOZ

En cuanto á usted, señor director de la HOJA DE PARRA, enmiéndese en los viajes y sorprenda las correrías de los solteros, que, aunque exagerando algo, siempre tienen «cosas que contar».

Fermín Muñoz
CORCHAITO

DISCRETEO MACAREO

NIÑA, dígame usté, y usté perdone la pregunta: esa siya que tiene usté á su vera, ¿está arquilá como la de Don Juan Tinorio?

—No señó; se la pué usté yevá, si quiere.

—Ni yo yevármela, ni la siya tampoco quedrá irse de su lao de usté.

—¿De verdá que no? Entonse, ¿á qué viene la pregunta?

—Porque quieo sentarme un ratito.

—¿Está usté cansao?

—Sí, hija mía: estoy cansao de bailá, y cansao de cantá, y cansao de tocá—de tocá la guitarra,—y cansao de la buya que hay en er patio, y cansao de cuatro ó sinco *asauras* que han venío á la fiesta; y ahora quieo probá si me canso de mirarla á usté, que me paese un poquiyo difisi.

—¿Sí?

—Como que soy capá, con tá de tenerla á usté delante, de pasarme dos años seguíos en la postura der San Antonio e Moriyo.

—¿Sin comé ni ná?

—Sin comé ni ná.

—¡Mírame este ojo!

—¿Cómo dise usté?

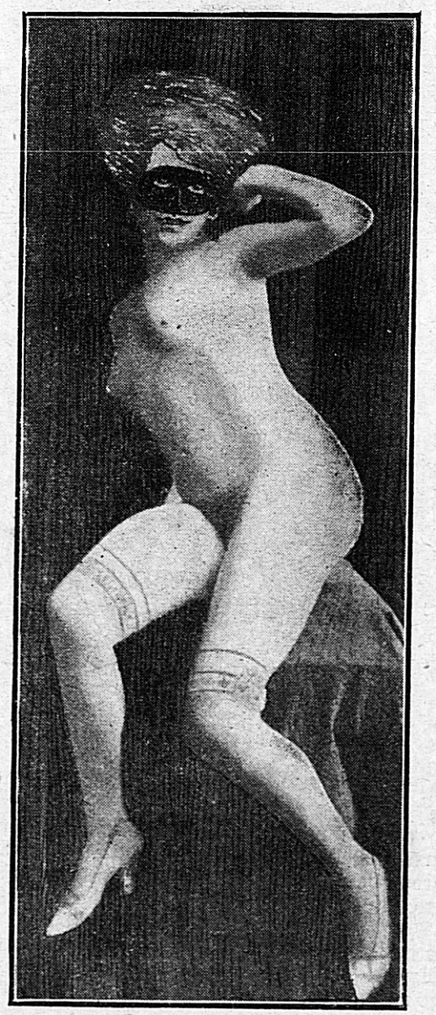
—¡Mírame este ojo! ¿De qué tierra ha salío usté, que no conose er *timo* nuevo.

—Yo soy de pueblo.

—Ya se le nota á usté en la pronunsiasión.

—Pero, de pueblo y tó, le miro á usté lo que quiera

NUESTRAS ARTISTAS



¿...?

—Hombre, pues mañana me va á usté á *mirá* un désimo, á vé si me ha tocao.

—Con mucho gusto, niña. Y grasias por la confiansa.

—No hay de qué. Paese que se fijan en nosotros...

—¿Es eso desirme que estorbo, morena?

—¡Tanto como estorbá, no señó!

—A vé, explíqueme usté er tanto ese, que aquí quieo yo que se juegue limpio.

—Quieo desí que lo mismo se me da que esté usté aquí conmigo como que se vaya usté á su casa.

—¿Y qué voy yo á hasé en mi casa á estas horas?

—Usté sabrá sus obligasiones. Por mí pué usté hasé hasta juegos de manos pa divertí á toa su familia.

—Si no tengo familia.

—¿No, padre?

—Si estoy en er mundo más solo que nn chochero.

—¡Vaya por Dios!

—Qué, ¿no lo cree usté, prinsesa?

—Sí, rey; si usté debe de sé mu formá.

—Más serio soy que un paraguas liao.

—¡Mírame este ojo!

—¿Otra vez? Le miraré á usté los dos, que son dos luseros e la mañana. ¿Me da usté permiso pa que me siente?

—Como si quié usté acostarse, hijo mío.

—Güeno; pero eso creo yo que se pué desí poniendo otra cara.

—¡Ay! ¿Sabe usté que no tengo otra? Si no le gusta á usté, mire usté pa er sielo.

—Pa er sielo estoy mirando hase un rato. Pero, ¿no podría er sielo mirarme á mí, aunque fuera con er rabiyo de una estreya?...

—Ahora está nublao.

—Pos lo dejaremos pa luego.

—¿Y si está más nublao toavía?

—Soplaremos pa que se vayan las nubes. ¿Es que tiene usté penas?

—¡Ay, qué curioso!

—Cuéntemelas usté, por su salú; misté que las penas se alivian contándolas.

—Pero si yo no tengo motivos pa está triste; ¿de dónde saca usté...?

—Como me habla usté así, tan seria...

—Como no me ha dicho usté ningún *gorpe*...

—¿*Gorpes* yo? ¡Cuarquiera se la da aquí de grasioso!... ¡Pos no hase farta ná pa la competensia!

—¿Sí? ¿Sabe usté que me va usté resurtando un *chuflón* mu grande?

—¿Y sabe usté, mi vía, que pa mí la *chuflona* es usté, y que quieo yo que se acaben las *chuflas* y que hablemos un ratito formá?

—¿Formá? ¿Y de qué? Yo no tengo conversasión.

—Ya buscaré yo una que á usté le guste. Mïste, podemos hablá... podemos hablá...

—¿De qué?

—De una ventana baja, verde y con flores que tiene su casa de usté en la cayejuela.

—¿Quién se lo ha dicho á usté?

—Estos dos que la han visto.

—¿Y pa qué tenemos que hablá de mi ventana?

—¡Toma! Por pasá er rato... Y por si da la casualidá de que arguna noche... ¿usté me comprende?... paso yo por la caye... y da también la casualidá de que está usté asomaíta á la ventana...

—¡Mírame este ojo!

—Lo que yo le miro á usté es toa la cara, que va á acabá con er poco pelo que tengo.

—Untese usté petróleo mañana mismo.

—No lo eche usté á guasa á lo mejó. Póngase usté seria.

—¿Me va usté á retratá?

—¡Ojalá fuera yo Moriyo!

—No le dé á usté tan fuerte.

—Güeno, ¿y de la reja, qué?

—De la reja, ná.

—¿Ná?

—Ná.

—Pero, ¿ná?

—Pero, ná.

—Pero, ¿ná, ná, ná?...

La muchacha suelta la risa. El mocito, *aprovechando*, dice:

—¡Mírame este ojo!

S. y J. Alvarez Quintero.



—¡Es lástima que no haya otro Napoleón que las declare la guerra, para que buscasen una alianza con nosotros!...

—¡Oh, míster! Para eso no hace falta un *Napoleón:* con tres pesetas basta.

CANTARES

Tiene en el centro mi escudo
un corazón de rubí,
coronado por un lema
que dice:—*¡Todo por ti!*

—

Sólo una ventaja tienen
los desengaños de amor;
¡que ponen una coraza
de diamante al corazón!

J. Alcaide de Zafra

EN EL ARCA DE NOE

ALLÁ en los ¡ay! lejanos tiempos del Diluvio universal resultaba un terrible problema el de matar el tiempo, ocupación favorita de muchas gentes. No se conocía aún el balompié, ni el tresillo, ni el *bridge,* ni siquiera el honesto juego de la rana, al que Noé hubiera envidado, muy gustoso, unos frascos de vino ya que tan aficionado era al mosto, si hemos de creer á los cronistas de aquella época; de modo que no sabiendo en qué entretener el tiempo, dedicábanse personas y animales á poner en práctica el texto bíblico de *creced y multiplicáos,* con gran delectación y contentamiento, por lo cual la Divina Providencia irritada—y con sobradísima razón—resolvió que cayera agua, con el inocente objeto de aniquilar á la Humanidad, excepto á una pareja de animales de cada especie, como sabemos desde nuestra más tiernísima infancia. Encerrados permanecieron en el arca hasta que el agua llegó á tener quince codos más de altura que los montes más altos—según debieron medir, ignoro con qué clase de metro—Noé y su respetable familia, en compañía de una parejita de animales; y claro está que dentro de aquel armatoste, sin los juegos citados y sin los chistes de Perrín y Palacios, se aburrían como si estuvieran oyendo un discurso de Rodríguez San Pedro. En vista de aquellos acontecimientos, un día fué Noé en busca de la cólera, y montando en ella, y provisto de una bien afilada navaja barbera, fué cortando uno por uno los apéndices masculinos de los animales machos, ya que le era un poco difícil tapar agujeros, y á fin de que cada *quisque* recobrara lo suyo les entregó una chapa numerada, á cambio de la cual, el día que cesara de llover, podía volver el apéndice á su lugar respectivo y ejercer sus funciones.

No hay por qué decir la tristeza que reinó en el arca. Los animales andaban cabizbajos y de prisa porque ya no tenían impedimento alguno, y hasta hubo quien lloró tan sentimentalmente como un poeta desconocido de la multitud ignorante; pero si grande era la tristeza de los animales, mayor era aún la de las *animalus.* ¡Pobrecillas, cómo se lamentaban de que sus maridos no pudieran acariciarlas! Pero como no hay regla sin excepción, había una hembra que estaba encantada de la vida, y esta hembra era, ¡pásmaos!, la mona, la más lasciva, la más lujuriosa, la más sandunguera.

—¿Qué le pasará á la mona?—se preguntaban sus camaradas.

Y tanto fué lo que les intrigó la algazara y contento de la mona, que decidieron nombrar una Comisión—lo mismo que ahora—para que fuera á interviuvarla. Y, con efecto, acercáronse hasta la esposa del mono varias compañeras en animalidad, y cuál no sería su sorpresa al oir las risas con que fueron recibidas.

—Pero, ¿qué te pasa que estás tan contenta?

—Velay—contestó la mona que había estado en Valladolid paseando con Silió por la acera de San Francisco.

—Explícanos, por favor. ¿Es que tu marido no ha sufrido el corte?

—Sí, pero...

—Acaba de una vez.

—Pues es muy sencillo—dijo la mona, luego que se le pasó la risa—. Mi marido el mono ha hecho trampa y ha cambiado su chapa ¡¡con la del elefante!!

Francisco Vera.



RAFAEL LÓPEZ DE HARO

Insigne novelista, gran amador, exquisito poeta y colaborador de LA HOJA DE PARRA.

INTERPRETACION DE LA BIBLIA

MISTERIO ACLARADO

Es un episodio de mi vida fugaz de seminarista.

Se celebraba la fiesta de Santo Tomás de Aquino, el Angel de las Escuelas, y el padre Mateo, á quien llamábamos el padre *Fúgiter* por su hábito de ir corriendo siempre, saltó al púlpito, y encargando mucho cuidado á los oyentes, dióse á explicar el misterio de la Encarnación, creyendo que lo desfloraba; tal era su entusiasmo retórico.

Al terminar, hecha ya la colación, nos retiramos todos á las celdas.

Yo, más aficionado á escribir de cosas paganas que á estudiar Humanidades, me puse á emborronar cuartillas, intrigado por la metafísica del padre *Fúgiter.*

Tratado á mi modo el tema de la Encarnación, pregunté á media voz al compañero de la estancia inmediata:

—Oye, Camilo (Camilo es hoy capitán de Artillería), ¿has entendido al padre *Fúgiter?*

—Yo, no. ¿Y tú?

—Yo tampoco. Pero ahí va mi visión de la escena entre la casta moza de Nazaret y su esposo volátil.

Y, ¡zás!, salvando la viga superior que servía de límite al tabique, tiré la *Interpretación de la Biblia.*

He aquí lo que decía, limpia de paja teológica:

«Hallábase la Virgen orando en su camarín y apareció junto al techo el Espíritu, disfrazado con la envoltura sutil que luego, al rodar de los siglos, debía ofrecer blanco en el Tiro de pichón.

Al percibir la Virgen el aleteo, se levantó y alzando los ojos y las manos aspiró el hálito de la divinidad que llegaba pletórica á transmitir su esencia.

El iris plácido de sus pupilas adquirió fulgores de sol y sus labios aspiraron un perfume de ingénita renovación.

Así, esperó...

La alba túnica y el manto azul ondulaban tenues, igual que ondulan el mar y la espuma obedientes á las palpitaciones que suben del fondo.

El Espíritu Santo descendió lentamente al hombro de la Virgen, y las estrofas de sus arrullos, hinchando el pecho y abriendo el plumaje, coloreaban el rostro terso donde el pudor tuvo su origen.

Bajó el Espíritu más, picoteando en ritmos silenciosos el cendal que velaba la pureza, y la Virgen, adormecida, se abandonó al designio de la virtud creadora.

Cesó el canto, y el Espíritu perdióse en los pliegues acariciadores del tul.

Entonces se presentó el Arcángel y florecieron los pétalos á San José.»

A los dos días me encontró el padre *Fúgiter* la *Interpretación,* metida en un libro de texto.

Calcúlese la indignación que al padre le produciría mi trabajo.

Anduvimos á pescozones, me formaron Consejo de disciplina y salí de la cátedra de Liturgia con gran disgusto de mi madre, que siempre creyó que su hijo llevaba dentro una mitra.

Gonzalo de Quirós.



El modisto.—Yo creo que con meterle algo por detrás quedará satisfecha la señora.

LA VIUDA DESCONSOLADA

Tres días solamente
llevaba de viudez Pilar Casola,
una hermosa coqueta impenitente
y una loca de atar. Estaba sola,
postrada de rodillas,
húmedas por el llanto sus mejillas,
y sus ojos rasgados y brillantes
(negros como la hiel de los cesantes),
fijos en el retrato *parecido*
del que fué mucho tiempo su marido.
En esta situación, á la viudita
sorprendí en mi visita.
Aquello me chocó. Sin ser notada
por ella mi presencia en su morada,
me puse yo á escuchar como gemía,
y, si mal no recuerdo, así decía:
«¡Darío, qué buenazo me saliste!
¡Otro marido como tú no existe!
Y yo, en cambio, guiada
por el demonio indino,
¡cuántas veces, infiel y descastada,
te engañé como á un chino!
¡Cuánta mentira urdí, querido esposo!
¡Cuánto infundio ingenioso,
para hacerte colega, en mis locuras,
de Veraguas, Bañuelos y Miuras!
Pero, al fin, tú descansas en la fosa
y de la paz disfrutas, mientras tanto
queda en lucha tu esposa
y encharca sus mejillas con el llanto.»
Y gemía con ganas,
y sin hallar consuelo
se arrancaba los pelos...
procurando ensañarse con las canas.
No pude contenerme. Enternecido
me presenté á Pilar y preguntela:
—¿Por qué te desconsuela
que haya tu pobre esposo fallecido?
¡Cualquiera lo diría!
¿Por qué riegan las lágrimas tu cutis
cuando el hombre hizo mutis,
qué era lo que á ti más te convenía?
¡Tiene gracia que endilgues al difunto
esas lamentaciones,
tú que te ibas al punto
detrás de un escobón con pantalones!
¿Por qué con tu sosiego das al traste,
Pilar del alma mía,
si en libertad ganaste
cuando el pobre ocupó la tumba fría?
¿Por qué ese llanto por demás profundo
ahora que él no te estorba ya en el mundo?
—Es que lloro de rabia (presurosa
me contestó Pilar), por una cosa:
porque muerto Darío,
¡ya no puedo gozar la dicha hermosa
de seguirle engañando, amigo mío!

Juan Pérez Zúñiga.



—¿Y cuándo te casas, Lolita?
—Cuando le den á Felipín un buen destino. Mamá dice que lo principal para nuestro matrimonio es que él se coloque bien.

EL SECRETO DE MADRE

Hace algunos años llegó á Lisboa el conde italiano Nazario, acompañado de su mujer y de sus dos hijos, Gabriel y Pompeyo. Gabriel, que es el mayor, se consagró al estudio de la Medicina. Pompeyo, más mundano, estudió diplomacia, frecuentó los salones aristocráticos, tuvo amoríos ruidosos, se batió con un esposo ultrajado, y como quedó vencedor fué tenido por mozo valiente y muy galán.

El conde Nazario vivía sosegadamente, sin preocuparse de los progresos científicos del uno ni de los devaneos del otro, hasta que el remolón y pamplinero Barrabás se encargó de amargarle la vejez revolviendo cosas que tan bien avenidas estaban.

Sucedió, pues, que el joven Pompeyo, enamorado hasta los tuétanos de una muchacha pobre, pero muy hermosa, resolvió casarse y fué á visitar á su padre para obtener de él la oportuna autorización, y resuelto á no admitir dilaciones ni aplazamientos.

La entrevista se verificó en una de las posesiones que tiene el conde á pocas leguas de Lisboa, cerca de Palmella.

Durante los primeros momentos el conde pareció muy satisfecho de las honradas intenciones del joven; luego, cuando supo que la novia era pobre y plebeya, frunció el ceño y tornóse reservado y grave. Después, conforme Pompeyo hablaba, el semblante del conde Nazario fué ofreciendo las expresiones angustiosas de la más supina ansiedad, y cuando oyó el nombre de su nuera probable lanzó un grito de horror.

—¡No te casas, juro que no te casas!—exclamó.

—¿Por qué?

—Porque yo nunca lo consentiré. ¡Nunca, nunca!...

Pompeyo empleó sus mejores razones para convencerle, describiendo con brillantes colores la intensidad de su pasión y las relevantes excelencias morales de su prometida. Al fin, exacerbado por las brutales negativas del viejo, cambió de táctica.

—¡Si no me da usted su autorización, es igual—dijo—, puesto que soy mayor de edad!

—Pues te desheredo.

—Bien.

—¡Te maldeciré!...

—Bueno...

Y en medio de aquellos arrebatos de cólera, el anciano conde tenía abatimientos que le arrasaban los ojos en lágrimas.

—¡Pobre hijo mío! ¡Pobre hijo de mi alma!—repetía.

Fué una escena terrible. De pronto, vencido por Pompeyo, que le tenía abrazado y le acoquinaba con sus caricias y sus ruegos, el anciano descubrió su secreto, ¡su secreto de padre!...

—No puedes casarte con Albertina—murmuró—porque Albertina... ¡es hija mía!...

Aquí huelga todo comentario...

Y mientras Pompeyo se retorcía los brazos de dolor, el conde Nazario seguía hablando.

—A esa niña no la he reconocido—decía—; pero, de todos modos, su sangre es la mía, es la tuya, ¿comprendes?... Tu matrimonio sería un incesto...

Pompeyo volvió á Lisboa desesperado, pensando unas veces en suicidarse y otras en atropellar todas las leyes naturales... Cuando llegó á su domicilio, la condesa, su madre, asustada de su palidez, le abrazó llorando:

—Hijo mío, ¿qué tienes?...

Y él, abandonándose á una irreflexiva expansión, le refirió todo, ¡todo!

Ella lanzó un grito selvático de hembra celosa; pero en seguida, atenta á remediar el dolor de su hijo, exclamó:

—No importa; te casarás con Albertina.

—¡Madre, no puede ser!

—Sí, puede ser, sí... te lo juro... ¡Te casarás!...

—¡Es mi hermana, aunque no lleve mi apellido; tenemos la misma sangre!...

—No, te engañas; tu sangre no es la suya...

Y obedeciendo como una autómata al doble sentimiento de consolar á su hijo y de vengarse, reveló su gran secreto... ¡su secreto de madre!...

—No es hermana tuya—dijo—, porque tú... ¡no eres hijo del conde Nazario!...

.....

Fernando Amado.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7.—Madrid